

—Bien sabe Dios que no..... pero las apariencias me condenan, y si no me perdonais....

—Venga esa mano.

—Eso es otra cosa; ahora ya estoy contento, y me parece que voy á contagiarnos con mi alegría.

—¿Habeis visto á doña Beatriz?

—Pues no: me empeñé en buscarla, y soy más terco que un aragonés.

—¿Y sabeis dónde está?

—Naturalmente, pero no puedo decíroslo.

—Entónces.

—Ella me ha dado una carta para vos; tomadla.

Colon la cogió, y leyó en ella con avidez lo siguiente:

“No deseais saber en dónde estoy, le decía Beatriz; pero aguardadme: yo os juro que no tardaremos en volvernos á ver.”

Esto era mucho más de lo que podía desear.

El amor comprimido en su pecho brotó á sus ojos convertido en lágrimas de gratitud y de esperanza.

CAPITULO XXIII.

La semilla del bien.



EL día siguiente de recibir aquella carta, que tanta dicha brindó á su corazón, fué á ver á fray Pedro Antunez, el cual, recibéndole con gran intimidad y agasajo, departió con él largo tiempo, acerca de sus proyectos.

El resultado de su conversacion fué que el guardian de los Mercenarios quedó admirado del peregrino ingenio de Colon.

—He concebido un plan, le dijo, para apoyaros en vuestras pretensiones. Los pasos que he dado en vuestro obsequio me han demostrado que la incredulidad del confesor de la reina es uno de los más poderosos obstáculos con que tendremos que luchar, y como á ella se une la incredulidad de los cortesanos, éstos, que pueden más que nosotros, destruyen nuestra obra. Tened paciencia; el que ha esperado tanto tiempo, aun puede esperar más para no malograr sus ideas.

—Estimo en mucho vuestro consejo, dijo Colon, y estoy seguro de que me habeis comprendido, y de que al ayudarme tendreis un verdadero placer; por lo tanto, estoy á vuestras órdenes.

—Quiero que sepais mi plan: hay en España un insigne prelado, de gran talento y superior penetracion, de una bondad sin límites, y tiene tal influencia en la corte, que le llaman el tercer rey de España: es el arzobispo de Toledo.

—En efecto; he oido ponderar las notables prendas que le acompañan.

—Yo le conozco mejor que todos, porque he vivido algun tiempo á su lado, y sé que su mayor satisfaccion es volver la esperanza á los que la han perdido, é interpretar en la tierra la voluntad de Dios, contribuyendo á dar el premio á los que lo merecen.

Está en Castilla contribuyendo á propagar, al mismo tiempo que los santos principios de nuestra religion, la política á la vez cristiana y grandiosa de nuestros reyes. Pero de un momento á otro debe llegar á Córdoba.

Hoy, en los Consejos de su majestad, se ocupan activamente en combinar los medios de llevar á cabo el pensamiento de doña Isabel, cuya realizacion es el más vehemente deseo de don Fernando.

Las recientes batallas ganadas á los moros, hacen seguro el triunfo. Reconcentrados los infieles en el espacio que media entre Granada y Almería, todo hace presumir que las armas cristianas, venciendoles en todos los combates, les alejarán para siempre de este país, en el que la unidad monárquica debe llegar y seguir en todo su apogeo á la unidad religiosa.

Tened paciencia para esperar su venida; y no dudeis, que lo que él no consiga de los reyes, no lo alcanzará nadie. Es la única influencia que puede contrarestar la que ya ejerce en vuestro asunto fray Fernando de Talavera.

La expresion del rostro de Colon al oír aquellas palabras, hizo comprender claramente al mercenario, que si no tenia ánimos para esperar, no era porque faltasen fuerzas á su alma, sino á su cuerpo.

—Ya os he dicho, añadió, que en esta santa casa puedo daros hospitalidad, que podeis disfrutar á nuestro lado de todo cuanto poseemos.

Colon hubiera aceptado de buena gana aquel ofrecimiento, tanto más, cuanto que el dia anterior habia pensado ir á pedirle á fray Pedro Antunez hospitalidad.

Pero pensó que de acceder perdía la libertad de accion, y prefirió la pobreza con la esperanza de ver muy pronto á Beatriz, á la prosperidad con la certeza de una perpétua clausura.

—Os doy de nuevo gracias por vuestras mercedes; pero lo único que os suplico, es que me proporcioneis, cuando tengais ocasion, los medios de vender los globos y los mapas que hago para ganar el sustento. En los conventos son muy útiles; vos tendreis relaciones con todos los de vuestra orden, y esto me basta para satisfacer mis escasas atenciones.

Fray Pedro Antunez le encargó algunos trabajos, más que por nada, por tener ocasion de ayudarle.

No era aquello gran cosa para esperar á que su porvenir se convirtiese en presente.

Pero habia dicho la verdad.

Sus atenciones eran muy escasas, y esperando á Beatriz, pensando en ella, las escaseces que sufría no eran para él ni siquiera privaciones.

Trascurrió un mes de esta suerte, yendo á menudo á ver al mercenario, con el que conversaba acerca de su proyecto y discutia los puntos más importantes de la ciencia geográfica.

Un dia, despues de haber pasado muchos en que no habia ido á verle Beltran, entró el paje en su habitacion.

—Os noto muy contento, dijo Colon.

—Es cierto; lo estoy mucho.

—¿Traeis buenas noticias?

—Muy buenas: mi ama regresa á Córdoba.

Con estas palabras comunicó toda su alegría á Colon.

—¿Cuándo regresa? preguntó con ansiedad.

—Mañana mismo. Bondadosa para conmigo y para con

Inés, nos ha otorgado su licencia para que nuestra union se verifique muy en breve, y una vez enlazados, me va á dar sus poderes para que administre los bienes que ha heredado de sus padres en Baeza.

—¿Y ella partirá con vos?

—Nada me ha dicho; pero creo que no: la reina, que la estima mucho, no ha podido pasar más tiempo sin su compañía, y la ha mandado llamar.

—¿Esto más? pensó Colon, creyéndose cerca del colmo de la felicidad.

Despues de la revelacion que le habia hecho Beltran, podia Colon dirigirle algunas preguntas, sin ser indiscreto, acerca de lo que habia pasado á su ama durante su ausencia; pero al ir á formular su pregunta se vió sorprendido por la llegada de maese Repulgo, que entró seguido de un anciano y de una jóven en la estancia de Colon.

—Estas buenas gentes vienen á veros, dijo el posadero.

—Perdonad, dijo Isaac, que este era el nombre del padre de Rebeca. Os debo algo más que la vida, y he querido venir á demostraros mi gratitud. Mi hija me ha dicho que vos fuisteis quien me libró de la muerte, cortando la ligadura que yo mismo habia atado á mi cuerpo en un momento de desesperacion. Despues de recuperar la salud, cesó la causa que habia motivado mi arrebato. El dinero que me habian robado ha parecido; con él puedo labrar la dicha de mi hija. Natural es que venga á veros, á daros gracias y á manifestaros toda mi gratitud. Tomad, tomad, añadió, de manos de mi hija este anillo, que le estima en mucho, por haber sido de su madre. Ella me ha pedido licencia para dároslo como una muestra de su agradecimiento, y yo mismo he querido acompañarla para bendeciros una vez más, y ofreceros todo cuanto soy, todo cuanto tengo.

Rebeca se adelantó á ofrecerle el anillo.

—Lo conservaré, dijo Colon, para tener el gusto de regalároslo de nuevo cuando vengais á anunciarme vuestra boda.

—Eso no será nunca, dijo Rebeca.

Estas palabras indicaron á Colon que aquella jóven encerraba un secreto en su alma.

Beltran, que asistió á aquella escena, hizo varias preguntas, y cuando Isaac y su hija se alejaron, felicitó á Colon por haber salvado la vida á aquel hombre.

Al dia siguiente refirió á su ama la escena que habia presenciado, y esta noticia fué más tarde para Beatriz un rayo de luz, que aprovechó en obsequio de su protegido.

Colon aguardó con impaciencia la llegada de Beatriz á Córdoba; pero á medida que avanzaba el tiempo, se sentia con ménos ánimos para presentarse á su vista.

Con el pensamiento habia ido tan lejos en su intimidad, que temia no saber cómo hablarla, porque la verdad era que al despedirse se habian separado como dos amigos, como dos hermanos cuando más, y al volver á verse era muy distinto el sentimiento que llenaba su alma.

La reina, que pensaba con frecuencia en su dama, no la habia mandado llamar.

Preocupada con las grandes cuestiones que se ventilaban en aquellos momentos, tenia que sacrificar al esplendor de su monarquía las afecciones íntimas de su corazon.

Pero Beatriz, que no podia vivir más tiempo separada de aquel hombre que tan vehemente pasion habia despertado en ella, quiso al ménos justificar la resolucion que tomaba volviendo á Córdoba, no solo á sus ojos, sino á los de Beltran é Inés, sus servidores favoritos.

Si se anticipó á los deseos que ambos tenian de unirse, fué para hallar una ocasion de alejarlos de su lado, porque su al-

tivez no podia permitir que los que la habian contemplado fuerte gozasen en verla débil.

Por otra parte, tampoco queria que Colon atribuyese á su influencia su regreso, y por esta razon mandó á Beltran que al anunciarle su resolucion le indicase que volvía á Córdoba por mandato de los reyes.

Beatriz y Colon temian su primera entrevista, despues de una ausencia que tan larga les habia parecido.

Al mismo tiempo la deseaban.

Al fin se celebró.

Los dos comprendieron al verse que habian sufrido mucho.

Ella habia perdido los hermosos colores que asemejaban sus mejillas á las de una niña de quince abriles.

En él, la enfermedad, la ausencia, acaso las privaciones, habian dejado huellas dolorosas.

Cada cual de los dos habia pensado las palabras que deberian pronunciar en el momento de verse; y sin embargo, al hallarse uno en frente de otro, se olvidaron por completo de cuanto habian calculado, y ella, dominándose más que él, le acogió con cierta frialdad.

Como si no se hubiera enterado por Beltran de todo lo que habia pasado á Colon, le preguntó en qué estado se hallaban sus asuntos, demostrándole que no se habia preocupado de él absolutamente en todo el tiempo que habia durado la ausencia.

Esta conducta dejó helado á Colon.

Aquella mujer no le amaba, ni podria amarle.

De otro modo, no le hubiera recibido con tanta frialdad.

—¿Podré volver á veros? se atrevió á preguntarle Colon al despedirse.

—Venid cuando gustéis, añadió Beatriz en el mismo tono.

—¡Nécio de mí, se dijo el pobre genovés; vivia de ilusiones

y las pierdo otra vez! No hay sentimientos en su alma: no es una mujer, es una estatua de mármol.

Y el infeliz resolvió no volver á verla, olvidarla, trocar su amor en odio, porque creia que habia jugado con su corazon.

Para justificar este deseo, procuró verla bajo el punto de vista de todos sus defectos, sin hallar ninguno.

Quiso culparla de cruel, y el recuerdo de la piedad que le habia demostrado, y de la benevolencia con que le habia tratado aun aquel mismo dia, sin que él tuviera títulos para despertar en ella el más insignificante interes, le hizo considerarla como la más caritativa, la más buena de todas las mujeres.

Dejó pasar algunos dias sin verla, dias de atroz martirio para él, y una mañana se presentó á buscarle el padre de Rebeca.

—Os extrañará mi visita, le dijo; pero ¡qué quereis! Soy muy agradecido, y los que me hacen un bien pueden estar seguros de que hasta que se lo pague no estoy tranquilo.

—Yo no he hecho nada por vos, dijo Colon.

—Me habeis dado la vida, y fuerza es que la consagre á serviros. Pero vamos al caso. Hablando de vos, me han dicho que haceis mapas preciosos, y que fabricais globos en los que pueden estudiarse las divisiones de la tierra. Un gran amigo mio, rico mercader, que comercia con los más nobles señores, quiere compraros unos cuantos globos y una buena porcion de mapas, que, si los vende bien como espero, continuará ocupándoos. ¿Podreis comprometeros á servirme?

—No cuento con más recursos que con mi trabajo, contestó Colon; por lo tanto os agradezco la proposicion, y la acepto.

—Pues en ese caso, tomad á cuenta esta bolsa. En ella hallareis cien doblas, y cuando necesiteis más pedidme; ya ajustaremos cuentas.

—Sin embargo, es preciso que sepa vuestro amigo el premio de mi trabajo.